

Antonio Pereira o la vista es la que trabaja

Victoriano Crémer

Ha vuelto a su trabajo. A sus trabajos. Antonio Pereira se encontró de pronto con una grave afección a la vista. “Desprendimiento de rutina”, diagnosticó humorísticamente.

El caso fue que durante días y días, durante semanas y meses, Pereira permaneció en la más absoluta inmovilidad y en la más total oscuridad, mientras se fraguaba el pegamento que había sido utilizado para la recomposición de sus retinas desprendidas.

“¡Para lo que hay que ver en el mundo!”, le decían los profesores de energía que acudían a visitarle a la Clínica de la Concepción en Madrid. “No era nada lo del ojo y casi lo lleva en la mano”, rubricaban los bromistas, que también los hay.

Y Pereira, en tanto, le fue creciendo la barba, mientras en su oscuridad trascendida, iba forjando versos y prosas, que después registraba en el magnetófono. Cuando obtuvimos esta fotografía, enviada por correo aéreo, pensamos que se trataba de otra broma de mal gusto, porque nos pareció que se trataba de la representación de D. Miguel de Unamuno, pasado por las luces –más blandas que los de Salamanca- del Bierzo. Pero no. Se trataba, se trata, de Antonio Pereira, poeta, escritor, y ex cautivo de las sombras.

